

Calle Fontanella

Cuando empecé a buscar sobre los principios de la calle Fontanella, me interese por la obra de "Las calles de Barcelona" editado en 1865, obra de Víctor Balagué, que en 1863, fue el responsable de la toponimia de las calles del Ensanche. Estuve indagando, sobre la historia de la calle Fontanella, que aunque tenía alguna referencia, me extrañaba, que me dijeran que no comprendían que el régimen franquista, eliminara la calle de Pau Claris y hubiera dejado sin cambiar la de Fontanella, esta es la referencia que encontré.

Desemboca en la plaza de Cataluña. Han existido dos Fontanella, célebres los dos en nuestra historia política y literaria, y para memoria de ambos fue puesto su nombre a esta calle.

Juan Pedro Fontanella era en el siglo XVII ciudadano de Barcelona y jurisconsulto famoso. Escribió varias obras sobre derecho y adquirió grande y merecida fama, siendo consultado varias veces por los concellers y enviado por ellos a Madrid en desempeño de una ardua y delicada comisión que llenó cumplidamente.

Pero la vida política de este ilustre ciudadano no comenzó hasta 1640. Había sido este año, como ya sabemos, el de la revolución del día del Corpus, el de la muerte del virrey conde de Santa Coloma y el de la sublevación de los catalanes en favor de sus libertades. Acercábase el marqués de los Vélez al frente de poderoso ejército contra Barcelona, cuando el 30 de Noviembre de 1640, día de San Andrés, que era el de la elección de los concellers, salió electo conceller en cap Juan Pedro Fontanella, « ciudadano honrado de Barcelona, conocido en el mundo por su erudición y por sus obras aclamadas de los más insignes letrados de Europa,» según dice su contemporáneo Gaspar Sala. Apuradas eran las circunstancias; pero con brío y decisión se puso el sabio jurisconsulto al frente del gobierno político de la ciudad, y de acuerdo con el diputado y presidente de la Diputación catalana, Pablo Claris, imprimió dirección de las cosas públicas, organizó la resistencia de la ciudad, encauzó la revolución que había estallado, y supo dominar con ánimo sereno y levantado patriotismo las crisis políticas que se sucedían.

Las tropas castellanas de Felipe IV, mandadas por el de los Vélez, se pusieron a la vista de Barcelona, y entonces esta ciudad se apresuró a reunir junta de Brazos. En una sesión memorable, presidida por Pablo Claris, y en la cual intervino muy principalmente el conceller en cap, se tomó la heroica resolución de declarar roto el pacto que ligaba a Felipe IV con el pueblo catalán, y declarándose vacante el trono de conde de Barcelona, se aclamó por rey a Luis XIII de Francia. Mucho contribuyó a esta decisión, con su poderoso talento y su lógica, el conceller Fontanella.

Hecha la aclamación de Luis XIII como conde de Barcelona, dióse parte en el gobierno de las armas y en las direcciones de las mismas a los franceses, nombrándose una junta superior suprema, compuesta de tres personas: el diputado militar D. Francisco de Tamarit, el conceller en cap de Barcelona Juan Pedro Fontanella, y el general francos M. Plessis Besanzon. Esta junta acabó de organizar la resistencia de Barcelona, ante cuyos muros se estrelló la arrogancia enemiga, sufriendo el marqués de los Vélez grande descalabro en la batalla de Montjuich sucedida el 26 de Enero de 1641. Célebre Jornada fue ésta, y tan por completo triunfaron en ella los catalanes, que, desorganizadas y rotas las huestes del marques de los Vélez, hubieron de emprender vergonzosa retirada y abandonar el sitio de la ciudad, a tiempo precisamente que por las calles de ésta eran jubilosamente paseadas trece banderas castellanas, las cuales se llevaban al palacio de la Diputación para ser colgadas en sus balcones en posición invertida, como en humillación de las armas enemigas.

Aquella misma tarde, dos o tres horas después de la victoria, Juan Pedro Fontanella y los concellers de la ciudad recibían en solemne audiencia a. un embajador del nuevo rey de Portugal, D. Ignacio Mascarenhas, que había llegado por mar a Barcelona aquella mañana, pocos momentos antes de comenzar el sangriento combate que con tanta gloria debía terminar para la causa catalana. Al discurso que hizo el embajador portugués cuando entregó sus credenciales al conceller en cap, contestó Fontanella con otro en latín, muy elegante y hábilmente político.

Triunfante por de pronto la causa de las libertades catalanas, Juan Pedro Fontanella continuó prestándole inmensos servicios como conceller en cap hasta 30 de Noviembre de 1641, en que le sucedió en su cargo el ciudadano Galceran Nebot. Y fueron tanto más importantes estos servicios, en cuanto, con la muerte de Pablo Claris, alma de aquella revolución, ésta se encontró sin el primero de sus más eficaces agentes, el primero de sus más profundos inspiradores y el primero de sus más importantes elementos.

Por completo se entregó entonces Fontanella a la causa de la patria, siguiendo las huellas de Claris, y tratando de encaminar la revolución triunfante por la senda que con su empuje había abierto el ilustre difunto. Al dejar de ser conceller, al despojarse de la purpura barcelonesa, fue nombrado regente de la Audiencia; pero esto solo sirvió para que con más celo y más ahínco continuara su obra. Todo cuanto en él había de actividad, de fuerza inteligente, de popularidad y de vida, todo lo consagró a la defensa de las libertades patrias y de la revolución que la caracterizaba. Pocas veces ha tenido una causa más leal defensor ni más caluroso adalid. Esto le valió el "odio de los castellanos, cuyos historiadores le calumnian, contribuyendo con sus dolosas apreciaciones a que los nuestros mismos hayan sido modernamente algo injustos con aquel varón eminente. En los pocos datos que de él da Torres Amat en su Diccionario de escritores catalanes, dice que «fue muy estimado de todos y tenía gran fama de sabio» pero añade que «se acaloro mucho en medio de los disturbios políticos que agitaban entonces a Cataluña.» Torres Amat se limita a decir esto, con lo cual parece que se hace un cargo a Fontanella por su patriotismo, pero el P. Caresmar, en lo muy poco que de él dice, está todavía más injusto. Consigna que no hubo ninguno en su tiempo que le excediese en sabiduría, pero añade que «se le atribuyó mucha parte de la resistencia y obstinación de los catalanes en las revueltas de aquellos tiempos, cayendo después por esto en mayor abatimiento y desprecio.» Esto último no es exacto. En abatimiento y desprecio de los castellanos podía caer si acaso Fontanella; pero no de los catalanes, que constantemente vieron y admiraron en él un varón de talento superior y de ánimo levantado.

Las circunstancias políticas fueron siguiendo su curso, y amparada por la Francia, cuyo monarca aceptó el trono condal de Barcelona, Cataluña comenzó, después de la batalla de Montjuich, aquella su desastrosa guerra con Castilla, vulgarmente conocida por la guerra de los segadores. En 1644 el mismo Felipe IV salió de Madrid para ponerse al frente del ejército que había enviado para sujetar a Cataluña y estaba a la sazón sitiando a Lérida. Antes de llegar el rey al campo que tenía su ejército sobre dicha ciudad, mando expedir un edicto, fechado a 5 de Abril de 1644 en Zaragoza, por el cual prometía a los catalanes olvidar lo pasado, mantenerles en sus haciendas, privilegios, usajes, fueros, pragmáticas, capítulos de corte, leyes y constituciones, y ofrecía a todos el perdón general, exceptuando a Don José Margarit, al Dr. Fontanella, D. José Rocabruna y D. Francisco Vergés. Tal era el odio que a Fontanella tenía Castilla, y de tal modo miraba en él el pensamiento y la cabeza de aquella revolución liberal, que, como se ve, fue el segundo de los tinacos cuatro catalanes a quienes no se quería conceder perdón.

Mientras duraba la guerra, con triunfos y reveses por ambas partes, a instancia de las potencias europeas interesadas en la paz de España se abrieron en Munster conferencias y negociaciones para entablar dicha paz y como para informar al plenipotenciario de Francia sobre los derechos, usos y leyes de Cataluña, se pidiera a este país un hombre docto y entendido, la Diputación eligió al Dr. Juan Pedro Fontanella, regente que era entonces de la Audiencia de Barcelona. Esto fue fines de 1644.

Partió inmediatamente Fontanella para Munster. Ignoramos lo que allí hizo y que clase de servicios pudo prestar al país, que debieron ser importantes, en aquellas conferencias. Solo hemos podido averiguar que continuando éstas aún en 1646, habiendo solicitado Fontanella regresar a Cataluña con grande empeño, habiendo pedido la reina regente de Francia que fuese enviado otro en su lugar, la Diputación catalana eligió para este cargo al Dr. D. Francisco Martí y Viladamor, jurisconsulto y letrado distinguido, autor de varias importantes obras escritas y publicadas en defensa de las libertades patrias, y otro de los entusiastas adalides de la causa que sostenía Cataluña.

Proseguía aún la guerra en 1650, y firme y con constancia se mantenía Cataluña en lo que dieron en llamar su rebelión las cortesanías plumas de vendidos escritores Francia, bajo cuyo protectorado se pusiera esta nación se portaba mal con ella. Ni la auxiliaba como debía, ni la enviaba los socorros que eran necesarios, ni su apoyo era tan desinteresado como debía ser, ni los franceses que aquí venían con mando cumplían conforme a lo que expresamente se había pactado y estipulado en la época en que eran diputado presidente Pablo Claris y conceller en cap Juan Pedro Fontanella. En vista de este quebrantamiento de pactos, de esta falta de auxilios y de las circunstancias aflictivas que se estaban atravesando, los dos consistorios, el de la Diputación y el de la ciudad, enviaron de embajador a Francia al regente Fontanella en Noviembre de 1650.

Poco pudo conseguir el embajador catalán, parece, y no sabemos si llegó a regresar a este país, cumplida su misión, pues a los pocos meses de su partida, Barcelona quedaba sitiada por las armas castellanas, comenzando otro de aquellos varios, prolongados y heroicos sitios que en diversas épocas ha tenido que sostener esta ciudad ilustre. Barcelona prolongó su defensa hasta Octubre de 1652, entregándose por fin a Don Juan de Austria, general de las tropas castellanas, por honrosa capitulación, en la cual se consignaba dejar salvas las constituciones y libertades del país.

Ya nada más hemos podido averiguar relativamente al regente Fontanella y sirvan estos pocos datos para otro autor que, con más fortuna, pueda bosquejar su biografía. Solo sabemos que tuvo dos hijos.

El primero, José Fontanella, tomó también gran parte en los movimientos de Cataluña, mereciendo por sus servicios que el monarca francés le diese un título de vizconde en 1649. Estuvo en Barcelona durante "su sitio hasta los últimos momentos, y después emigró a Francia, donde aquel rey le nombro en 1660 presidente del Consejo de Perpiñán.

El segundo, Francisco Fontanella, abrazó con decisión la causa de su padre y hermano, y según lo que ha podido deducirse de sus poesías, en 1662 se halló en el sitio de Barcelona, y después, como partidario de los disturbios que en aquella época agitaron a nuestra Cataluña, tuvo que emigrar a Francia, donde residió algunos años. Torres Amat dice que murió fraile lego en el convento de Santa Catalina de Barcelona. También dice que existe un tomo de poesías manuscritas de este autor en la Biblioteca episcopal. Que el volumen existía en tiempo de Torres Amat no cabe la menor duda, pero no hemos sabido dar con él, sin embargo de haberlo buscado ahincadamente en aquella Biblioteca.

Era Fontanella poeta de imaginación y de sentimiento y suya es la famosa tragicomedia pastoral de Amor, firmeza y porfía, que equivocadamente atribuye Amat a un José Fontaner y Martell. También escribió una obrita a la memoria del eminente patricio Pablo Claris.